

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Una de las páginas más bellas de los Evangelios relata el discurso de Jesús en un monte junto al lago de Tiberiades. El maestro, ante una gran multitud, fue enumerando ocho caminos hacia la felicidad que nosotros conocemos como las Bienaventuranzas. Desde entonces estas palabras han inquietado y sosegado a los hombres. Veamos.

José Sánchez Rojas, en su *“Tratado de la perfecta novia”*, en el capítulo titulado Digresión, escribe: *“O retornamos al Cristianismo, y volvemos a escuchar el sermón de la Montaña, o arderemos en escombros como chozas de paja regadas de lucilina. El amor huye avergonzado de tanta brutalidad, de tanta grosería como nos envuelve y nos asfixia en todas partes. Ya tocamos las consecuencias del ansia desenfrenada por el Dinero; el Becerro de oro, que se ha comido a sus adoradores, está ya devorándose a sí mismo. El placer del goce físico es tan descarnado y tan canallesco en todas las latitudes, que los hombres llevan lacras en el cuerpo y en el alma tan repulsivas y tan hondas que no cicatrizarán por lo menos en dos siglos”*.

Nietzsche, en cambio, se opuso a esta propuesta evangélica definiéndola como *“moral de esclavos”*. En la introducción al libro *Así hablaba Zaratustra*, su hermana escribe: *“Él supone que, por el resentimiento de un cristianismo débil y falseado, todo lo que era bello, fuerte, soberbio, poderoso –como las virtudes procedentes de la fuerza- ha sido proscrito y prohibido, y que por ello han disminuido mucho las fuerzas que promueven y ensalzan la vida. Pero ahora una nueva tabla de valores debe ponerse sobre la humanidad, esto es, el fuerte, el hombre magnífico hasta su punto más excelso, el superhombre, que nos es presentado ahora con arrolladora pasión como objetivo de nuestra vida, de nuestra voluntad y de nuestra esperanza”*.

Entre estas dos posiciones contrapuestas del mundo laico, un antiguo eremita, **Pedro de Damasco**, en el 3º volumen de *Filocalia*, afirma: *“Las Bienaventuranzas son dones de Dios y tenemos que darle verdaderamente gracias por habérmolas dado y por las recompensas que se derivan de ellas, es decir, el Reino de los Cielos en el siglo futuro, el consuelo aquí, la plenitud de todo bien y la misericordia de Dios..., cuando uno se ha convertido en imagen de Cristo sobre la tierra”*.

Benedicto XVI, en el Ángelus del domingo, 30 de enero de 2011, dijo comentando las Bienaventuranzas: *“No se trata de una nueva ideología, sino de una enseñanza que procede de lo alto y que toca a la condición humana, que el Señor, al encarnarse, quiso asumir para salvarla. Por este motivo, “el sermón de la montaña se dirige a todo el mundo, en el presente y en el futuro... y sólo puede ser comprendido y vivido en el seguimiento de Jesús, caminando con Él” (Jesús de Nazaret). Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida para liberarse de los falsos valores del mundo y abrirse a los verdaderos bienes presentes y futuros. Cuando Dios consuela, sacia el hambre de justicia, enjuga las lágrimas de los afligidos, significa que, además de recompensar a cada uno de manera sensible, abre el Reino de los Cielos. “Las Bienaventuranzas son la transposición de la cruz y de la resurrección en la existencia de los discípulos” (ibídem). Reflejan la vida del Hijo de Dios que se deja perseguir, despreciar hasta la condena a muerte para dar a los hombres la salvación”*.

Gandhi, fascinado por el sermón de la montaña, en su libro *Budismo, Cristianismo, Islamismo*, se atrevió a escribir lo siguiente: *“No me importaría que alguien demostrara que el hombre Jesús en realidad no vivió jamás y que cuanto se lee en los Evangelios no es más que fruto de la imaginación del autor, porque el sermón de la montaña permanecería siempre verdadero ante mis ojos”*.